

La relevancia de las distinciones graduales en el escepticismo y el dogmatismo clásicos.

Jorge Mux

Universidad Nacional del Sur

jorgemux@yahoo.com.ar

1. El terreno del escéptico

Resulta curioso que cada vez que se habla de escepticismo absoluto suele presentárselo como a un enemigo a quien hay que arrebatarse posiciones a través del razonamiento lógico. El escéptico se refugia en “bastiones”, “trincheras”, “cuarteles”, los cuales pueden ser el lenguaje, el pensamiento, la creencia o el juicio; y parece que la tarea del no escéptico consiste no ya en convertir al escéptico, sino en mostrarle que el escepticismo es imposible a partir de sus propios términos. “*El escepticismo (...) experimenta su verdadera derrota en el terreno de la ética. Repugnamos en último término el escepticismo, no porque podamos refutarle lógicamente, sino porque lo rechaza nuestra conciencia de los valores morales*”¹ [itálicas añadidas]. Parece que el escéptico es repugnante y que lo único que importa aquí es “nuestra” conciencia de valores, sin perjuicio de la opinión o valoración de aquellos a quienes consideramos (o se autoproclaman) como escépticos. Cabanchik habla del escepticismo como de un “revés”, entendiéndolo como un “fracaso” de la filosofía², aunque más adelante declara que es precisamente el escepticismo el que abre la puerta al conocimiento³.

Más allá de las sensaciones puramente subjetivas de repugnancia o de fracaso epistemológico, parece haber algo en el trabajo escéptico que lo hace merecedor de gran parte de su mala fama: el escéptico *necesita encontrar sistemas de conocimiento ya previamente contruidos*, sistemas hacia los cuales dirigirá sus ataques. Por otra parte, el escéptico, después de realizar su tarea, no construye un nuevo edificio de conocimiento ni colabora con su oponente para llegar a un suelo común a partir del cual construir. Su tarea se detiene allí, precisamente cuando todo el sistema se convierte en ruinas.

2. Los pies de barro de la ciencia

Pero, ¿de dónde deriva este espíritu beligerante? Si bien el escepticismo tiene prohibido realizar ciertas afirmaciones, los escépticos tienen una íntima convicción: no es

posible asignar valores absolutos a nuestro conocimiento. Algunos, a partir de esta convicción, concluirán que todo conocimiento es imposible; otros se limitarán a oponer argumentos para poner de relieve que todo conocimiento puede generar una antinomia. ¿Cuál es la raíz de esta convicción? Aristóteles lo explica en *Segundos Analíticos* ⁴. Estas son las objeciones de un escéptico, según Aristóteles:

- la demostración es infinita, y dado que el infinito es inaccesible, procede a partir de principios desconocidos (y de lo desconocido no puede demostrarse lo conocido).
- La demostración acepta hipotéticamente principios: por convención, o de manera arbitraria, pone sus principios.
- la demostración es circular, y cada parte del razonamiento sirve de principio a la/ s otra/ s parte/ s.⁵

En dos de los tres casos tenemos el problema de la infinitud de los principios (la circularidad implica una interjustificación infinita) y, por lo tanto, de la imposibilidad de encontrar un punto de partida seguro. Aristóteles sostendrá, contra estas objeciones, que no toda ciencia es de demostración y que los principios son conocidos sin demostración. Y, excepto en un caso muy limitado, si la demostración es circular, no tiene valor gnoseológico ⁶. Si no toda ciencia es demostrativa, será necesario postular un tipo de conocimiento superior al que se obtiene por el arte de dar razones: la ciencia demostrativa es *dianoética*, mientras que la aceptación de un principio obedece a una capacidad *noética*. El principio no se demuestra porque su verdad obedece a un tipo de inteligibilidad superior al de la demostración: el principio conlleva en sí mismo la evidencia de su verdad. Puede verse que, puesta en duda la evidencia de verdad de los principios, se hace problemática la fundamentación de cualquier otro conocimiento derivado.

Para el escéptico es fácil mostrar que, si un principio no puede ser justificado, tampoco habrá razón para preferirlo como principio y no como una afirmación más. Si algo es un principio, debería ser evidente para todos y, sin embargo, ni siquiera en los principios se ponen de acuerdo los sabios. Por otra parte, si los principios responden a un tipo de evidencia noética, es esperable que lo opuesto de un principio no pueda pensarse como posible. Y sin embargo, es perfectamente posible encontrar argumentos que se opongan a los principios mejor establecidos.

Aristóteles entiende que el principio es por naturaleza anterior y más notorio que la conclusión.⁷ El primitivo por naturaleza da un fundamento absoluto al conocimiento.

Pero si aceptásemos que el primitivo pueda ser relativo o meramente arbitrario, ¿estaríamos en mejores condiciones frente a las críticas del escéptico? Aceptar un principio arbitrariamente no nos obliga a invocar una especial cualidad del intelecto. Pero el escéptico no sólo niega la *noésis*, sino también todo tipo de *diánoia*. No es posible pasar del *no saber* al *saber*. El saber no puede transmitirse ni entre hombres ni entre proposiciones: si el saber está contenido en el principio (entendido de manera absoluta, relativa o arbitraria) y la conclusión se deriva del principio, entonces la conclusión sólo enuncia el mismo saber del principio, o bien la conclusión presenta un saber diferente del que está contenido en los principios. Pero si este fuera el caso, el saber de la conclusión no se derivaría del de los principios y no se comprende, entonces, de qué manera la conclusión es conclusión de *esos* principios. Por otra parte, si la conclusión pretende enunciar un nuevo saber, es decir: un saber no derivado de principios, entonces ella misma asciende a la categoría de principio. Esta crítica la encontramos en Sexto Empírico, conocida como “los modos de Agripa”. Los modos nos indican de qué manera proceder para llegar a la suspensión de juicio. Los modos 2, 4 y 5 nos ofrecen una visión contrapuesta de la citada en *Segundos Analíticos*:

Segundo: el modo proviene de caer en el infinito, por el cual confirmamos que el argumento, alegado como prueba del hecho propuesto, tiene necesidad de otra prueba, y ésta de otra, y así hasta el infinito, por eso, no teniendo de dónde comenzar la demostración, se impone necesariamente la suspensión.

Cuarto: de la hipótesis, cuando los dogmáticos, rechazados hacia el infinito, comienzan por algo sin fundarlo, sino que creen aceptarlo simplemente y sin demostración, por concesión.

Quinto: el dialelo (petición de principio) se obtiene cuando aquello que debe ser confirmación de la cosa investigada necesita de la prueba extraída de la cosa investigada; por lo cual, no pudiendo aceptar ninguno de los dos como fundamento del otro, suspendemos el juicio sobre entrambos⁸

El segundo modo previene contra la tentación de afirmar un principio absoluto; el cuarto modo previene contra la afirmación de un principio arbitrario (por hipótesis) y el quinto prohíbe la explicación circular o dialelo. De la imposibilidad de fundar un saber, se sigue en cualquier caso la imposibilidad de transmitir el saber. Incluso el silogismo mismo

como instrumento de demostración, más allá de que pueda partir de principios absolutos o arbitrarios, resulta sospechoso para el escéptico.⁹ A su vez, se rechaza el principio inductivo como método para fundar la universalidad de las proposiciones, apelando a la imposibilidad de contrastar la universalidad a partir de casos particulares.¹⁰

La refutación del silogismo y de la inducción hacen colapsar la posibilidad de fundar universales estrictos, y con ello la posibilidad de enunciar inductivamente leyes reguladoras de la naturaleza. Pero nada nos dice acerca de otras posibilidades (no inductivas) de fundamentar el conocimiento. Si tenemos en cuenta la infructuosa búsqueda de un principio no inductivo a lo largo de la historia científica, y la imposibilidad de enunciar estructuras universales cuyos modelos particulares se ajusten a la perfección unos con otros, se puede apreciar cuán importante ha sido esta crítica epistemológica y cuán genuino es el problema de que trata. Sin embargo, mientras las soluciones de la moderna epistemología propenden a encontrar más y mejores relaciones entre universal y particular; estructura y modelo; historia y sistema, etc. (siempre asumiendo el carácter más que problemático de estos conceptos), la solución del escéptico es el tajante abandono de tales relaciones. Por contrapartida, el dogmático no esperará encontrar problemas entre estos conceptos, pues ellos deben ser garantía de solución a todo problema epistemológico; para el dogmático el universal debe casar *necesariamente* con el particular del cual es universal.

Conoces todo o nada conoces.

El dogmático y el escéptico disputan sobre un terreno en común: todo auténtico conocimiento debe ser más que una creencia con mayor o menor grado de fundamento; debe ser *epistème*. Pero en este punto ni uno ni otro están dispuestos a aceptar grados en sus afirmaciones. Esto puede verse en el caso de la aceptación de los principios: para los aristotélicos el principio es, además de verdadero, garante de toda verdad. Al escéptico le basta con deslizar la duda sobre la verdad de los principios para que el conocimiento se derrumbe y se llegue a la suspensión de juicio. Ni uno ni otro reconstruyen la idea de “principio” a partir de los golpes mortales de la argumentación escéptica, ni se aprestan a convenir que, quizás, la idea misma de ‘principio’ puede ser un ideal regulativo y no necesariamente un garante infalible de conocimiento. Por otra parte, el conocimiento es *epistème* o directamente no merece el título de conocimiento.

Mientras el dogmático afirma “blanco”, y se mantiene firme en su posición, el escéptico propone “negro” y, sin quedarse con su propuesta ni con la del dogmático, acepta “gris”¹¹. Este procedimiento ha sido analizado por Ulises Moulines como una de las causas del “extremismo filosófico”¹². Para evitarlo, Moulines propone el *principio de la relevancia de las distinciones graduales* (principio RDG) que puede enunciarse así:

“Son filosóficamente relevantes las distinciones conceptuales que atienden sólo a diferencias de grado y no a diferencias absolutas en el objeto o dominio de estudio”.

Y en su forma negativa:

“Son filosóficamente peligrosas, y frecuentemente perniciosas, las distinciones conceptuales tajantes que pretenden determinar supuestas diferencias absolutas en el objeto o dominio de estudio”.

Un ejemplo de la utilización del principio RDG en el problema de la fundamentación del conocimiento: los universales pueden entenderse como una generalización provisoria, en ausencia de información negativa y ante la evidencia disponible. Este es el procedimiento de las lógicas rebatibles, para las cuales una evidencia negativa no implica la destrucción de todo el sistema de conocimiento o la suspensión del juicio, sino la modificación provisoria del sistema en cuestión.

Otro ejemplo: el conocimiento, cuyo ideal es la *epistéme*, no necesariamente debe convertirse en ignorancia o en *eikasía* por el solo hecho de mostrar un sustento endeble. Se pueden establecer tipos de *pístis* con mayor o menor grado de fundamentación. Así, tendremos un amplio espectro desde la inalcanzable y cuestionada *epistéme*, pasando por una infinidad de creencias (creencia racional, creencia bien fundada, creencia mínimamente fundada), pasando incluso por grados de *eikasía* hasta llegar a la ignorancia completa, la cual (al igual que la *epistéme*) puede ser un ideal del cual queremos alejarnos y en el cual nunca nos encontramos por completo.

Por otra parte, es posible encontrar un *fundamento dialógico* para todo tipo de conocimiento, sin esperar por ello que todo lo que no sea *epistéme* se vea contaminado por la ignorancia. El fundamento dialógico permite asignar grados a los tipos de conocimiento a partir de un conjunto dado de proposiciones y sus respectivos fundamentos.

En muchos aspectos, la historia de la ciencia ha dado la razón a los escépticos, tanto en lo que hace a un paulatino alejamiento del ideal de *epistéme* platónico como en la visión relativista acerca de los conceptos que conforman la estructura de una ciencia. Sin embargo, lejos de adoptar la suspensión del juicio, el estudioso seguirá buscando nuevos conceptos, nuevas proposiciones, y nuevos criterios para sostener dichas proposiciones. El trabajo de la ciencia no concluye en la *epojé* -especie de parálisis intelectual-, la ciencia sigue más bien el mandato de Sexto Empírico: *seguimos buscando*. Con la salvedad de que se sigue buscando mediante el andamiaje conceptual y lógico, no *pace* él.

Notas:

¹ Hessen, Johannes, *Teoría del conocimiento*, Losada, Buenos aires, 1975, p. 39

² Cabanchik, Samuel, *El revés de la filosofía. Lenguaje y escepticismo*. Biblos, Buenos Aires, 1993, pág. 25.

³ 'Es incluso dable sospechar que cierta interpretación de la "posición escéptica" pone en evidencia que el escéptico no es necesariamente una amenaza para las pretensiones de conocimiento fundado y que, por el contrario, al desestabilizar al sujeto de la certeza, al expulsarlo de su seguridad solipsista, es quien verdaderamente abre la posibilidad de saber'. Cabanchik, *op. cit.*, pág 48.

⁴ Aristóteles, *Segundos Analíticos*, 1957, Madrid, Ed. Medina y Navarro, pág. 97

⁵ 'Se dice (...) que es principio (de una cosa) lo primero a partir de lo cual la cosa resulta cognoscible, por ejemplo, las premisas lo son de las demostraciones'. *Metafísica*, 1012b-1013b. (Libro quinto, capítulo primero, Gredos, Madrid 1994, p.205-208).

⁶ Aristóteles, *op. cit.*, pág. 97

⁷ Aristóteles, *op. cit.*, parágrafo 11, pág. 94

⁸ Sexto Empírico, *Bosquejos pirrónicos (selección)*, de R. Verneaux, *Textos de los grandes filósofos*. Edad Antigua, Herder, Barcelona 1982, I, 164 – 9

⁹ Sexto Empírico, *op. cit.*, 169.

¹⁰ *Ib.*, 204

¹¹ Siempre que entendamos que la suspensión de juicio es un camino intermedio entre la aceptación y la negación de un mismo enunciado.

¹² Moulines, Ulises; *Exploraciones Metacientíficas: Estructura, Desarrollo y Contenido de la Ciencia*, Madrid, Alianza Editorial, pág. 32.